



695782

9.1. Mucunio, Stgo, 11-I-1976, p. 7.

OBRAS Y AUTORES: >

Enrique Lafourcade: Variaciones Sobre el Tema de Nastasia Filippovna

Por Hernán del Solar

Las audacias de Enrique Lafourcade son únicas en nuestra literatura. Atravientos que enojan o atrapan admiración. Basta su sólo nombre en un círculo cualquiera —cuanto más grande, mejor— para que la mitad pierda los estribos en una vehemente embestida, y la otra mitad se afirma en ellos para la alabanza. Uno y otros gestuculan, poniendo en la voz la catapulta agresiva, o el halo que en los grabados sirve por igual a los santos, los emperadores, o los que de repente escapan del infierno. En buenas cuentas, nadie permanece tranquilo. Y Enrique Lafourcade, con entera conciencia, con íntima desamparación, o por simple costumbre, lo que siempre quiere es intranquilizar. Escribe algunos libros para ser leídos por el revés o el derecho, opta en la televisión, en el periódico o en el libro como adivinando que provocará hiper-tensiones, baile de San Vito, o simplemente un coma precipitado. Entretanto, como si nada ocurriera, o tal vez deseando que ocurra lo mayúsculo, trabaja apasionadamente. Es un trabajador formidable. A los cuarenta y ocho años de edad lleva escrita una nutrida biblioteca. Es una de esas asombrosas producciones que parecían reservadas a esos infatigables varones de otros tiempos que entre libro y libro, todos ellos una estética pirámide, dejaban pasar apenas media hora de sueño y, al despertar, sólo una galleta con mentecilla. No hicieron otra cosa que escribir y suspirar porque la vida es corta y no deja escribir un poco más. Pero Lafourcade no vive encerrado entre libros y papeles. En ocasiones, pasa algunos días trabajando y luego, claro, se echa a descansar y a reír de buena gana. Porque es hombre que escribe con alegría. Y lo hace no porque escribir le sea fácil, como si le viniera dictado desde el más allá, cosa difícil porque los que ya se hallan tan lejos no tienen lengua rápida, preocupados como están de dedicarla a la eterna alabanza o el dicitario inacabable. Escribe tanto por razones más sencillas: ama la literatura y necesita imprescindiblemente echar fuera lo que vive investando su imaginación. No hay entre nuestros escritores otra tan inquieta, robusta, generosa, parlanchina. Se estrena en el quehacer más serio y entreteniéndolo ponerlo todo palas arriba. Esto enfurece a los que se marean y creen que los pies afirman, que son una base estable, sólida, y que la acrobacia es sólo pirueta de circo. La

imaginación de Enrique Lafourcade está habituada a creer en lo increíble. Por eso es buen novelista, gran novelista, incuestionablemente, el mejor de los que aquí tenemos. No somos dogmáticos: de los que aquí tenemos por ahora. Pero no vemos asomar otro que se le quiera parecer, o pueda conseguirlo. El tiempo lo dirá, entre muchas otras cosas que piensa maseñar algún día.

En el año recién pasado publicó dos libros: "Inventario I" (Nacimiento) y "Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna y el Príncipe Mishkin" (Editorial Planeta, de Buenos Aires). En el primero encontramos al periodista que con extraordinaria agilidad mental, risa estrepitosa o callada sonrisa cordialmente burlesca, habla de cuanto pasa ante sus ojos, cosas y personas, hechos y deshechos, convirtiéndolo todo en breves novelescos que hacen reír, o estimulan alguna reflexión de cara grave. En el segundo de los libros tenemos una de sus mejores obras, una excelente novela.

Como en todas sus novelas —a la mayoría, para no ser tan categóricos— el lector comienza por afirmarse en la silla para no salir dispersado vociferando. ¿Qué demonios se le «dienta»? ¿Qué nueva burla es ésta? ¿Hasta cuándo y hasta dónde? Ya está bueno. Pero el primer brinco pide volver a la silla, abrir el libro nuevamente, y no se vuelve a brincar sino de vez en cuando. El estilo (o como quiera llamarse a su rico lenguaje) que se desata atéticamente, y luego encuentra ataduras casi clásicas, y vuela sobre cada página un vocabulario caudaloso, y se burla de quien no le preste debida atención, porque se queda el infeliz sin entender palabra. ¿Capricho? ¿Deseo de exhibir virtuosismo verbal, frecuentación de diccionarios, guñes amistosos o perversos a la gramática? Pues, todo lo contrario: Shadow boxing de excelente novelista, que golpea a las sombras y las locas gramaticales, las ideas y las sensaciones, ejercitándose para darle a la realidad una paliza renovadora. El caso es que Lafourcade es un escritor realista de gran clase. Odia el realismo —esto es evidente—, pero a la realidad la mima enriqueciéndola.

Hace poco —el 21 de diciembre, en este diario— con el título de "Dos muñecos de cera protagonizan novela", el escritor se acerca a sus lectores para

ayudarles a comprender con cabal acierto. Revela que Nastasia y el Príncipe —personajes de Dostoiévski— son dos muñecos excelentemente contruidos para desempeñarse como personajes auténticos. Gente de carne y hueso, un tanto extraña, sin duda, pero dueña de su vida y de su muerte. La verdad es que no hay necesidad alguna de leer "El Príncipe Idiota" del inmortal ruso para entrar en este mundo imaginario de muy amplios límites y clima atóxico. La mencionada novela es mero punto de partida. Ni eso siquiera. Dos de sus personajes, la mujer y el príncipe, son los que —transfigurados— vienen a parar en la novela del chileno. Nastasia y Mishkin, rusos hasta la médula, nacieron en el Mercado Perra. Y resolvieron vivir en Santiago. La novela es esencialmente santiaguina. Excelente proyectada la vida de la ciudad y muchos de sus característicos personajes. La realidad es respetada con cariño imaginativo. Para que no se vuelva rutinaria, el novelista le otorga las más inesperadas posibilidades, y se suceden aceleradamente las acciones que el lector común considera inverosímiles, y bien miradas son la verdad misma, hechos, situaciones reales que pueden servir de modelos a los que moldean la vida de este mundo donde nos hallamos. El lector se encuentra en un vasto universo desde muchos hábitos, relaciones, órdenes acostumbrados, que conocemos sobradamente, son lanzados por la imaginación al viento. El mundo novelesco se rige por normas diferentes. Reales, autoritarias, que con notable vitalidad se entregan a una movilidad infatigable, a los cambios que, con buen afán, crean espacio y tiempo repetidos de contradicciones. Todas defendibles y apreciables. Los muñecos de cera de nombre ruso son santiguados y colaboran, entre muchos otros, a que la vida de la ciudad sea precisa, bulente, digna de vivirse.

Uno de los elementos que mayormente contribuyen a que los personajes sean de carne y hueso y el artificio de ciertas situaciones sea realidad para lo constituye el diálogo. Lafourcade domina el arte de dialogar (y el del monólogo) y sus palabras justas manifiestan que el mundo en que sueñan es, con su alma novelesca, auténtico, inobjetablemente vivo, nuestro, de nuestra época, tan parecido al mismo que no hay espejo que lo traicione.

Enrique Lafourcade: Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna [artículo] Hernán del Solar.

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Lafourcade: Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile